

EL PARLAMENTARISMO BRITÁNICO A PARTIR DEL SIGLO XX

Como se ha visto, la llegada del siglo xx trajo no sólo una serie de adecuaciones en la dinámica política y parlamentaria de Gran Bretaña, sino también el fin de la Casa Hanover con la muerte de la reina Victoria en 1901. La sucedió Edward VII (1901-1910), hijo de Victoria y del príncipe alemán Alberto de Saxe-Coburg y Gotha, quien compartía raíces familiares con diversas casas reales europeas. Al ascender al trono como hijo de la última reina de la Casa Hanover, Edward VII tomó el título de su padre, inaugurando con ello el dominio de una nueva casa como emblema de la Corona británica: la Casa Saxe-Coburg y Gotha.

A partir del ascenso de Edward VII, los conservadores y liberales se alternaron el control de la Cámara de los Comunes, concentrando buena parte de su atención en el fortalecimiento de las mecánicas políticas y económicas puestas en marcha el siglo anterior. Del mismo modo, las crecientes demandas sociales en materia de apoyos al Estado de bienestar fueron elementos que generaron pugna entre la Cámara de los Comunes y la de los Lores, ya que estos últimos, amparados en el apoyo del soberano, decidieron vetar dicho tema en las discusiones parlamentarias, frenando con ello cualquier intento de reformas sociales.

Tal situación generó que el respaldo social a los liberales se incrementara a partir de 1905 durante casi dos décadas y recayó en las personas de Sir Henry Campbell-Bannerman, Herbert Henry Asquith y David Lloyd George, quienes desde el cargo de primer ministro tomarían como bandera política el apoyo a las clases trabajadoras. De esta manera, con el ascenso de Campbell, y gracias a su mayoría parlamentaria, se elaboraron una serie de reformas sociales y legislativas que permitían una mayor atención y dar celeridad a los asuntos de carácter popular. El personaje que estuvo detrás de la elaboración de este nuevo plan con alcances sociales y dirigido a eliminar la pobreza

fue el diputado David Lloyd George, el más famoso de los radicales británicos del siglo xx (Government UK, 2016c).

Sin embargo, pese a que la reforma —conocida en Gran Bretaña como *People's Budget*— fue presentada en 1909 y aprobada por la Cámara de los Comunes al año siguiente, la Cámara de los Lores decidió vetarla nuevamente, atribuyéndose un ejercicio que tenía cientos de años de no llevarse a cabo. A partir de ese momento fue evidente que el principal obstáculo para aprobar la reforma no era solamente la fracción del Partido Conservador, sino la mala comunicación entre ambas cámaras, ya que la de los Lores había logrado aliarse con algunos comunes conservadores y con el rey para frenar una ley que abiertamente beneficiaba a los sectores sociales más necesitados.

Debe añadirse que el veto de la Cámara de los Lores fue apoyado abiertamente por el monarca Edward VII, y se centraba en evitar que se invirtieran mayores recursos públicos en la educación, la salud y la vivienda de los trabajadores, pues ello, desde luego, representaba un incremento a los impuestos, sobre todo para los sectores más favorecidos del Reino. También es preciso agregar que entre las medidas políticas liberales se incluían apoyos a los sindicatos y a los diputados nacionalistas irlandeses, quienes exigían mayores espacios de discusión con el monarca para comunicar al Pleno la molestia irlandesa ante la adhesión de su país a la Gran Bretaña desde principios del siglo XIX. La razón era que los irlandeses habían quedado como una minoría católica en el Reino. De este modo, la nueva propuesta parlamentaria liberal quedó atorada en 1910, lo que generó el disgusto de amplios sectores sociales.

Sin embargo, tras la repentina muerte del rey Edward VII, su hijo y heredero al trono, George V (1910-1936) no tuvo más alternativa que ceder ante la presión del gobierno del primer ministro y firmar la Ley Parlamentaria de 1911, lo que obligó a la Cámara de los Lores a levantar su veto. Es conveniente recordar que fue la reina Anna, con su especial personalidad, quien doscientos años antes había sido la última soberana en negarse a firmar abiertamente leyes aprobadas por el Parlamento. Por eso precisamente, desde el reinado de Victoria comenzó a llevarse a la práctica una ley no escrita en Gran Bretaña, según la cual al soberano se le impide negarse a firmar leyes y reformas aprobadas desde la Cámara de los Comunes. Así, con el sometimiento de George V a la Cámara de los Comunes desapareció el último vestigio de gobierno personal monárquico en territorio británico, un anhelo de la clase política del Reino desde siglos atrás (Parmele, 2016: 83).

Una vez aprobado el *People's Budget*, el Partido Liberal se centró en elaborar una reforma parlamentaria que asegurara la total independencia de la Cámara de los Comunes frente al monarca para así eliminar de un solo golpe la influencia de la Cámara de los Lores en la política británica. De este modo los liberales, amparados en su mayoría, y con buenas relaciones con otras fracciones como los diputados laboristas y los nacionalistas irlandeses —además de contar con el control absoluto del gabinete— concentraron sus esfuerzos en hacer pública su postura de apoyo decidido a la clase trabajadora; para eso elaboraron una nueva ley en 1911 en la que, entre otras cosas, se prescindía de la figura del líder de la oposición en la Cámara de los Lores. En su lugar se determinó que quien desempeñara esa función en la Cámara de los Comunes también lo haría en la de los Lores, buscándose con ello evitar nuevos episodios en donde la Cámara alta encontrara mecanismos constitucionales para aliarse con el monarca, y juntos vetar reformas y leyes propuestas para beneficiar a las mayorías.

Esta reforma parlamentaria de 1911 incluía abolir el derecho de los Lores a vetar cualquier ley financiera y de gobierno, la posibilidad de que una reforma de ley que fuera rechazada tres veces por los Lores se convirtiera en ley de manera automática y disminuir la duración de los ejercicios parlamentarios de siete a cinco años (Government UK, 2016d). Lo anterior permitió a la Cámara de los Comunes erigirse como el pilar principal de la política británica a partir de la segunda década del siglo xx.¹

Todas estas medidas hicieron posible que durante los años veinte, y hasta los cuarenta, se realizara una considerable cantidad de reformas constitucionales y políticas en Gran Bretaña, que incluyeron la modificación del número de comunes de acuerdo con la densidad demográfica; el derecho al voto de las mujeres mayores de treinta años y con algún título de propiedad en 1918; el mismo derecho para todos los hombres mayores de veintiún años; el de las mujeres a ser votadas en la Cámara de los Comunes, así como la

¹ Debe agregarse que no obstante la aprobación de la reforma de 1911, la misma entró en operación al final de la segunda guerra mundial, sobre todo por los efectos que tuvieron las dos guerras mundiales en la vida política, económica y social británica, pues durante dicho lapso, en las décadas de los veinte, treinta y cuarenta, privó ante todo el sentimiento de orgullo nacional, solidaridad y unidad frente a las amenazas extranjeras, de manera particular en contra de Alemania. Por esa razón, la Ley de 1949 suele considerarse, en el espectro político británico, como la institucionalización y puesta en marcha de la reforma de 1911.

instalación del sistema de voto alternativo o preferencial (*alternative vote*).² Es importante señalar que este esquema sustituyó al del voto único transferible (*single transferable vote*), que se había utilizado en el Reino durante siglos.³

Durante este mismo lapso se gestó un cambio en la procedencia de muchos diputados (o comunes), ya que en los siglos previos, tal y como ya se ha señalado, provenían de círculos sociales acomodados o contaban con patrocinios de hombres poderosos a quienes servían en el Parlamento. Por ello, en el siglo xx comenzó a ser cada vez más común observar a diputados de la clase trabajadora, quienes incidían de múltiples formas para insertar temas que favorecieran a los obreros y a los sectores más vulnerables.

Este fenómeno coincidió con el surgimiento de un nuevo organismo de composición trabajadora conocido como Partido Laborista. Dicha agrupación comenzó a tomar forma a partir de 1889, después de una serie de reuniones entre grupos sindicales ingleses que buscaban una organización electoral amplia y con presencia en el Parlamento. De ese modo, en una votación entre sus agremiados 548 000 representantes votaron a favor de crear un partido de trabajadores y obreros, contra 434 000 que buscaban sumarse al Partido Liberal y crear presencia ahí o en otros partidos que fueran surgiendo (Duverger, 2014: 22). El fundador y primer líder de la nueva agrupación fue, en 1900, Keir Hardie, un obrero y minero del carbón que llegó a ser

² Este modelo es conocido también como segunda vuelta instantánea (*instant-runoff voting* “IRV” o *alternative vote* “AV”). En ella se pide al elector que numere sus preferencias entre varios candidatos, comenzando con el 1 asignado a su mejor opción, el 2 para la segunda, y así de manera sucesiva con el resto de los candidatos. En las rondas de conteo de votos se va eliminando al que menor cantidad obtenga, otorgándole dichos sufragios a quienes estaban como segunda opción en la misma boleta. De este modo, en tres o cuatro rondas se elimina a todos los candidatos hasta quedar sólo dos. En este momento, quien reciba más votos como segunda, tercera o cuarta opción, y que alcance el 50 por ciento más uno, será el ganador y se lleva toda la representación. Este sistema se aplica hoy en Australia para elegir a sus diputados para la Cámara de los Comunes.

³ Este sistema de votación (*single transferable vote* “STV”) hace que el elector elija a los candidatos de su preferencia, comenzando con el 1 como su mejor opción, y así sucesivamente con el 2, 3, 4, etcétera. El procedimiento lo explico a continuación: primero se divide el número de votantes entre el número de candidatos más un número uno. La fórmula es la siguiente: “X” (# de votantes) entre “Y” (# de candidatos) + 1 = R (resultado), quedando la fórmula como sigue: $X/Y+1=R$. Así, en una primera ronda se suma el total de votos para cada uno de los prospectos. En una segunda los candidatos a la cabeza otorgan la mitad de sus votos a los que estaban como segunda opción en las boletas, de manera que pierden votos en esta ronda. En una tercera se eliminan quienes se encuentran a la zaga y sus segundas, terceras, cuartas (etcétera) opciones se suman a los aspirantes que siguen con posibilidades. En una cuarta ronda se suma la totalidad de votos acumulados entre los punteros, agregando el número 1 al que queda a la cabeza para asegurar la mayoría de al menos el 50 por ciento más uno (*Elections STV*, 2016).

diputado en la Cámara de los Comunes. Él mismo organizó todo un movimiento obrero que reivindicaba los derechos de la clase trabajadora, tomando como base la filosofía económica marxista. Su movimiento pugnaba por la propiedad colectiva de los medios de producción, pero no impulsaba una revolución popular para tomar el poder. Tal unión política obrera y trabajadora pronto tuvo eco en el Reino, principalmente en Inglaterra, Escocia y Gales.

Es importante añadir que fue durante este mismo periodo de principios del siglo xx, más específicamente en 1912, cuando el gobierno liberal de Herbert Henry Asquith determinó, con el apoyo del Parlamento, otorgar un salario de cuatrocientas libras a los integrantes de la Cámara de los Comunes (Norton, 2009: 274). Esa medida permitió a los diputados laboristas concentrar su atención en las demandas de sus representados, ya que hasta ese momento eran los propios sindicatos los encargados de reunir los fondos entre sus agremiados para ofrecer un sueldo a los comunes que los representaban en el Parlamento.

De esta forma, puede considerarse que el ejercicio de la política británica comenzó la etapa formal de profesionalización de sus políticos a partir de 1912. Paradójicamente, esta reforma liberal fue mermando su propio poder con el paso de los años, ya que a partir de ese momento tanto los diputados laboristas como los independentistas irlandeses elaboraron propuestas parlamentarias mejores y más profesionales, logrando que su apoyo se convirtiera en un elemento imprescindible para la acción del gobierno liberal frente a los conservadores.

Fue tal vez por este carácter institucional y profesional de la política del Reino Unido desde principios del siglo xx que la oposición laborista aceptó seguir las fórmulas impuestas por el sistema parlamentario británico y decidió trabajar arduamente para reformarlo y no para derrocarlo. De hecho, “el marxismo británico fue siempre dominado por intelectuales, y comparado con otros movimientos europeos siempre resultó muy limitada la coordinación entre intelectuales y trabajadores al interior del socialismo británico” (Burns, 2010: 168).

De vuelta con el tema del origen social de los comunes en el Parlamento, si bien las clases trabajadoras vieron incrementar poco a poco su presencia en los organismos políticos, fueron los conservadores quienes postularon a los comunes con mayores grados de educación, sobresaliendo los abogados, militares y hombres de negocios. Así, el siglo xx fue testigo de cómo la Cámara

de los Comunes se convirtió finalmente en el complejo crisol en el que se encontraban representadas todas las fracciones sociales del Reino. Lo anterior significó una gran aportación y se convirtió en una de las principales características del sistema británico: la representación real de los ciudadanos en la Cámara baja.⁴

En lo que corresponde al desarrollo partidista debe agregarse que las condiciones políticas, económicas y sociales del siglo xx permitieron que el añejo sistema bipartidista británico se transformara brevemente en uno tripartita, como resultado del crecimiento del Partido Laborista. Lo anterior fue posible gracias a que el Partido Liberal estableció alianzas con los laboristas a fin de no colocar candidatos en un mismo distrito y así no quitarse votos entre sí, todo ello con tal de derrotar a los del Partido Conservador. De esta forma, mientras más laboristas se integraban al Parlamento, al mismo tiempo, los gobiernos liberales establecían leyes que garantizaban protección a los sindicatos para no ser demandados por daños y perjuicios en caso de huelgas de sus trabajadores, tema que formaba parte de la agenda central del movimiento laborista británico en aquellos años (Burns, 2010: 171). De tal manera, la percepción general era que la política progresista del país provenía más del movimiento laborista que del Partido Liberal, el cual continuaba acogiendo en su seno a amplios sectores burgueses tradicionales británicos.

Con estas condiciones en juego, el Partido Laborista llegó a ocupar el sitio de primera oposición al gobierno conservador de Bonar Law a principios del siglo xx. Ya en 1924, logró ganar sus primeras elecciones, colocando por primera vez a un laborista como primer ministro, Ramsay MacDonald, quien al frente de un gobierno de coalición duraría pocos meses en el poder. A pesar de ello, volvería años después a ocupar el cargo, de 1929 a 1935. Lo anterior puso en evidencia el declive del Partido Liberal, ya que muchos de sus integrantes fueron sumándose al Partido Laborista. Esto último fortalece la tesis de Maurice Duverger de que:

[...] Inglaterra [Gran Bretaña] conoció dos partidos a través de toda su historia, hasta 1906, cuando el laborismo comenzó a manifestar su poder que, desde 1918 y sobre todo desde 1924, ha entablado un proceso de eliminación del

⁴ Esto mismo, pero con directrices específicas, se desarrolló en Estados Unidos para que la Cámara de Representantes se expresara como un órgano de representación genuino de la gente y para la gente. Sus dinámicas, características y procesos están explicados de manera minuciosa en *El federalista* (Hamilton, Madison y Jay, 1998).

Partido Liberal, que tiende a reconstruir un nuevo dualismo y parece actualmente a punto de realizarse, habiendo quedado reducidos los liberales a un 1.44 por ciento de los asientos parlamentarios. Si se compara esta evolución con la de los demás países del *Commonwealth*, el parecido general es bastante notable (Duverger, 2014: 236-237).

Sin embargo, pese a esta transformación del sistema de partidos al interior del Parlamento británico —que incluso podría haber puesto en jaque la existencia y continuación de las bases políticas del Reino— resulta sobresaliente que dicho fenómeno temporal tripartidista y su retorno al tradicional bipartidismo se dieron en medio de una precisa institucionalización de las formas al interior del sistema político y electoral del Reino Unido.

Es oportuno añadir que fue durante este periodo cuando el monarca George V otorgó en 1917 su venia para cambiar el nombre de la casa familiar, Saxe-Coburg y Gotha, por el de Casa Windsor (*The London Gazette*, 1917). El motivo de este cambio fue la conflagración bélica en contra de Alemania durante la primera guerra mundial, ya que, como se recordara, la familia real británica tenía orígenes alemanes, y mantener un apellido alemán en la Casa Real resultaba contradictorio para el país en tiempos de guerra.

Así pues, mientras el país concentraba sus esfuerzos en concretar alianzas y combatir enemigos en Europa, su sistema político fue fortaleciéndose, encontrando los cauces para hacer más efectiva la acción de gobierno y la política parlamentaria. Una muestra de ello es el desarrollo de los gabinetes en la sombra (*Shadow Cabinets*). Este modelo parlamentario fue creado por los diputados laboristas en los años veinte; sin embargo, no sería sino hasta los cincuenta cuando dicha figura adquirió un papel más efectivo para comunicar sus posiciones a la opinión pública (Norton, 2009: 277). Con el paso de las décadas este ejercicio del gabinete en la sombra se ha convertido en una práctica eficaz para exponer de manera abierta las divergencias políticas entre el partido gobernante y la oposición. Este gabinete puede entenderse como un equipo de voceros de alto nivel designado por el líder de la oposición. Sus integrantes son comunes electos cuyo papel principal es sostener una postura contraria a cada ministro del gabinete del gobierno en funciones, cuestionando y desafiando sus decisiones en cada materia. El objetivo de este ejercicio es presentarse como una alternativa viable y con capacidades para gobernar frente a los electores (Government UK, 2016e). De hecho, puede ser considerado como una especie de gobierno en espera.

De esa manera, el parlamentarismo británico encontró, sobre todo durante la primera mitad del siglo xx, las herramientas para su desarrollo institucional. Un elemento que sin duda manifiesta lo anterior es la conformación de comités parlamentarios, a través de los cuales se transparentó la acción de gobierno en los negocios públicos; ello en el lapso que corría entre que se aprobaban y entraban en vigor las nuevas leyes (Norton, 2009: 279). La característica principal de los comités parlamentarios es que desarrollaron la capacidad de atender y dar seguimiento puntual a diversos asuntos de interés público de forma simultánea. Sus integrantes son comunes o lores de distinta extracción partidista con facultades para discutir y proponer nuevas leyes, así como para intervenir en temas de carácter económico con impacto nacional (Government UK, 2016f). Desde sus orígenes su designación compete exclusivamente al *speaker*.

De forma paradójica, el triunfo británico en la primera guerra mundial generó una serie de dificultades entre Gran Bretaña y sus dominios: Canadá, Terranova,⁵ Australia, Sudáfrica y Nueva Zelanda, ya que éstos habían perdido cientos de miles de combatientes en un conflicto que defendía sobre todo los intereses británicos en Europa. Por ello, dichos dominios expresaron al Reino sus intenciones de alcanzar la autodeterminación en asuntos internacionales, marcando así una línea divisoria con los intereses imperiales británicos. Por tal motivo, la Corona encargó elaborar, a través del Parlamento, un reporte pormenorizado en el que un comité estableciera los lineamientos para construir nuevas relaciones interimperiales con el fin de otorgar mayor autonomía y nuevas capacidades de autogobierno a los miembros del Imperio.

El resultado fue el Estatuto de Westminster de 1931, que garantizó la independencia legislativa y su autonomía en materia de política exterior a Australia, Terranova, el Estado Libre de Irlanda, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Canadá. Lo anterior se daría con el estatus de comunidades con gobiernos iguales y separados del gobierno imperial británico (Tidridge, 2011: 47).

Precisamente, el Estatuto de Westminster fue uno de los últimos acontecimientos de importancia durante el reinado de George v, quien fallecería por cuestiones pulmonares pocos años después. Su gestión se caracterizó por

⁵ En aquellos años la provincia de Terranova (o Newfoundland en inglés) se encontraba administrada por autoridades diferentes de las canadienses. Su incorporación definitiva a Canadá se concretó en 1949, una vez puesto en evidencia el declive del Imperio británico.

la moderación en sus relaciones con el Parlamento y un estilo de vida más discreto que sus antecesores. Lo sucedió en el trono su hijo Edward VIII (1936), quien como jefe de la Iglesia anglicana se vería imposibilitado para casarse con una mujer estadounidense divorciada en dos ocasiones. Por tal motivo, decidió abdicar en favor de su hermano menor, George VI (1936-1952), quien sería el responsable de encarar uno de los procesos más amargos del Reino: la segunda guerra mundial. Cabe señalar que durante este periodo de crisis sucesoria, el Parlamento se constituyó como el organismo institucional que coadyuvó a solventar dicho trance sin rompimientos institucionales de por medio, guardando una posición imparcial y mesurada en este tema que atañía principalmente a la familia real.

Dicha crisis sucesoria de la Casa Windsor, con tres reyes en el trono en un mismo año (1936), prácticamente coincidió con el regreso del Partido Conservador como cabeza de la Cámara de los Comunes después de un periodo de dominio laborista. Así, los primeros ministros Stanley Baldwin (1935-1937) y Neville Chamberlain (1937-1940) experimentarían al interior del Reino un periodo de abundancia económica, pero también, al exterior, enfrentarían el crecimiento del poderío alemán y la amenaza que significaba para el país, expresada en el inicio de las hostilidades militares europeas. Durante estos periodos conservadores, el parlamentarismo británico se inclinó hacia la conformación de coaliciones partidistas para asegurar la unidad nacional y facilitar así la acción de gobierno. Ahora bien, debe reconocerse que si bien se mantenían divergencias entre laboristas y conservadores durante el periodo de Chamberlain, éstas de ninguna manera comprometieron la gobernabilidad ni mucho menos la cooperación del líder laborista Clement Attlee en los esfuerzos británicos durante la guerra. Al final, aquejado por motivos de salud, Neville Chamberlain renunció al cargo de primer ministro, cediéndole el puesto su correligionario Winston Churchill (1940-1945).

El primer ministro Churchill era un personaje bien conocido en Gran Bretaña desde hacía varias décadas. De hecho, pese a ser un político identificado con el sector conservador, estuvo muy involucrado en la elaboración y aprobación del *People's Budget* que el Partido Laborista empujó años atrás. En este sentido, sus aptitudes políticas y experiencia como miembro del Parlamento no podían ponerse en duda, ya que al momento de asumir el cargo de primer ministro contaba con sesenta y cinco años de edad. Lo anterior sin

considerar que Churchill fungía como Lord del Almirantazgo⁶ hasta antes de la renuncia de Chamberlain, además de que había ocupado el mismo cargo durante la primera guerra mundial.

De este modo, al contar con la experiencia probada del primer ministro Churchill, además de con la propia capacidad para ajustarse a cualquier eventualidad gracias a sus cimientos institucionales sólidos, el parlamentarismo británico pudo sesionar durante la segunda guerra mundial, con cambios de sede según las circunstancias, como por ejemplo cuando fue destruida la centenaria casa de la Cámara de los Comunes al interior del Palacio de Westminster, en mayo de 1941, tras los bombardeos alemanes. Este tipo de acontecimientos despertó más que nunca el sentimiento de unidad política entre todos los partidos hacia el gobierno conservador de Churchill. Incluso se estimuló la actitud de servicio al Reino entre los miembros del Parlamento, pues para finales de 1941 eran 116 los diputados o comunes, de distintas extracciones políticas, que se encontraban sirviendo al país en el frente de guerra (Norton, 2009: 280). En este sentido, el famoso discurso de Churchill al asumir su cargo como primer ministro resulta muy elocuente: “Yo diría a la Cámara, como dije a los que se han unido a este gobierno: no tengo nada que ofrecer más que sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor [...]; ¿cuál es nuestro objetivo?, victoria a toda costa, victoria a pesar del terror, victoria por largo y duro que sea el camino, porque sin victoria no hay sobrevivencia [...]. En estos momentos me siento con derecho a reclamar la ayuda de todos, y digo vengan todos, vamos a avanzar juntos con nuestras fuerzas unidas”.⁷ Cabe agregar que esta actitud estoica de los líderes británicos en medio de la guerra coincidió plenamente con la postura asumida por el propio monarca, George VI, quien pese a la insistencia de la clase política nacional decidió permanecer en Londres junto a su pueblo y su Parlamento durante los bombardeos alemanes. Tal situación sin duda generó un acercamiento sin precedentes entre el rey y la nación justo en momentos en que el país enfrentaba la mayor amenaza de su historia.

Debe mencionarse que el recurso de la comunicación radiofónica se convirtió en un elemento central para mantener a la ciudadanía informada acerca

⁶ Hasta los años sesenta del siglo xx, el Lord del Almirantazgo fue considerado como la cabeza más visible de la Real Armada Británica. A partir de 1964 este cargo se integró al Consejo de Defensa del Reino Unido por Decreto Real (*The London Gazette*, 1964).

⁷ Se puede escuchar el audio completo en YouTube, Winston Churchill, “Blood, Toil, Tears and Sweat”, <<https://www.youtube.com/watch?v=fKBR0igDPfM>> [visto en septiembre de 2016].

de lo que se discutía en la Cámara de los Comunes y las decisiones que ahí se tomaban. A partir de ese momento la elocuencia en los discursos radiofónicos emitidos desde el Parlamento británico se transformó en una vía para mantener cercanía y comunicación entre el pueblo y sus representantes. De hecho este medio de comunicación y el estilo argumentativo desarrollado en Gran Bretaña llevó a que el propio ministro encargado de la propaganda alemana, Joseph Goebbels, recomendará a Adolf Hitler adoptar el mismo tono realista expresado por Churchill en sus mensajes (Burns, 2010: 205). Quizá sea por ello que se ha expresado —respecto del sistema parlamentario— lo siguiente: “[...] lo más importante que ha sucedido en Gran Bretaña fue que esa nación decidió ganar o perder la guerra según las reglas establecidas a través de los procedimientos parlamentarios” (Norton, 2009: 281).

Nos parece importante resaltar que pese a los efectos de la segunda guerra mundial el sistema político de Gran Bretaña emergió como un paradigma sólido y probado, ya que si bien el gravísimo conflicto bélico de mitad de siglo xx entrañó amenazas profundas para el país, es una realidad que el prestigio del parlamentarismo británico cobró nuevas dimensiones como un régimen sólido y eficaz. Además, debe añadirse que lo anterior sucedió al mismo tiempo en que Estados Unidos emergió como la superpotencia hegemónica de Occidente, una de cuyas consecuencias inmediatas fue hacer inviable la unidad política del viejo Imperio británico, que se encontraba maltrcho y con buena parte de su infraestructura destruida por la guerra.

Aunado a ello, debe agregarse que el final de la guerra dejó a la economía del Reino Unido en condición de dependencia absoluta de Estados Unidos, y con una pérdida de población significativa de alrededor de 450 000 muertos. Asimismo, se debe considerar que los países de la Commonwealth, y del Imperio, contabilizaban también cientos de miles de fallecidos entre sus poblaciones. Por ello, en definitiva el siglo xx vio cómo se disolvió el orgullo del Imperio británico para dar paso a años de racionamiento de todo tipo entre sus habitantes, y a la incorporación del Reino como un elemento más en la órbita de influencia estadounidense (Burns, 2010: 204-206). Todo lo anterior sucedió frente al otro gran hegemón que se levantó victorioso al este de Europa tras el fin de la segunda guerra mundial: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

La etapa de la posguerra en Gran Bretaña provocó una serie de cambios y adaptaciones en la vida política que se reflejaron de diversas formas. La

más inmediata fue la derrota de Churchill en las elecciones generales de 1945 que, por cierto, fueron los primeros comicios en diez años. En este proceso, el Partido Laborista resultó el vencedor, por lo cual integró un gobierno de mayoría que encabezó su líder, Clement Attlee, como primer ministro durante el periodo 1945-1951. Él impulsó un programa gubernamental con mayor control estatal, el cual buscaba responder a las urgentes demandas sociales en materia de vivienda, empleo y seguridad social, que en conjunto constituyeron los pilares del sistema de bienestar británico. Para lograrlo, los laboristas impulsaron un plan de nacionalización de servicios básicos, cuyo mejor ejemplo es el Servicio Nacional de Salud (NHS, por sus siglas en inglés),⁸ creado en 1945 y puesto en marcha tres años después. El NHS opera en Inglaterra, Gales, Escocia e Irlanda del Norte de manera separada pero con los mismos criterios. Así, esta institución se concentra en proveer servicios integrales de salud que incluyen, entre otros, rehabilitación, prevención y cura de enfermedades.⁹

A nivel interno, la búsqueda de soluciones para una demandante y necesitada población después de los estragos de la guerra se conjugó con la necesidad británica de posicionarse como una nación con cierto poderío, pese a las carencias económicas. Por ello, el gobierno laborista tomó la decisión de implementar un programa nuclear para reforzar su posición como potencia vencedora de la segunda guerra mundial, meta que alcanzaría en los años cincuenta, colocándose como el tercer país —detrás de Estados Unidos y de la Unión Soviética— en desarrollar de forma autónoma armas nucleares.

En el ámbito internacional, el periodo de la posguerra obligó a Gran Bretaña a salir de sus antiguos territorios por todo el mundo, estimulando con ello la descolonización de África, Asia y Medio Oriente. El motivo principal fue la falta de recursos económicos para mantener su posición imperial, pero también el rechazo abierto de las dos potencias victoriosas de la guerra (Estados Unidos y la Unión Soviética) a la existencia de remanentes coloniales de terceras potencias. Ante ello, Gran Bretaña no tuvo mejor opción que replegarse del escenario internacional en sus territorios de ultramar, y en su lugar fortalecer desde los años cincuenta a la Mancomunidad Británica, la *Commonwealth of Nations*, cuyo principal objetivo es alcanzar la coopera-

⁸ National Health Service.

⁹ Para mayor información acerca de este servicio de salud pública, que ha servido de modelo para el resto de Europa y otras partes del mundo, véase Sir William Beveridge (1942).

ción entre los diversos países con orígenes políticos británicos. Estos Estados reconocen la autoridad de la Corona del Reino Unido, pero al mismo tiempo son soberanos y no se encuentran precisamente sometidos a su jurisdicción (Tidridge, 2011: 200-206).

Es importante señalar que una vez rotos los lazos con sus antiguas colonias, Gran Bretaña no se incorporó como un actor activo en los esfuerzos de unidad europea, sino que más bien se orientó a mantener una distancia con el resto de Europa, al tiempo en que estrechó sus vínculos militares y económicos con Estados Unidos, y en menor medida con sus antiguos dominios de Canadá, Australia y Nueva Zelanda, ya que estos últimos eran los países con los cuales guardaba mayores coincidencias económicas, políticas, sociales y culturales.¹⁰

El inicio de la década de los cincuenta dio la oportunidad a los conservadores para regresar al poder en las elecciones generales de 1951, en las cuales Winston Churchill volvió a ganar y a ocupar el cargo de primer ministro, de 1951 a 1955. Durante dicho periodo sobrevino la muerte del rey George VI a principios de 1952.

Lo sucedió en el trono su hija Elizabeth II, convirtiéndose de inmediato en un símbolo de la continuidad de los grandes íconos británicos, y del patriotismo, pues en diversas ocasiones su figura pública interactuó con la población en tiempos de guerra. Puede considerarse que el ascenso de Elizabeth II coincidió con una etapa de complicadas relaciones británicas con lo que fue su imperio y con Europa continental, contribuyendo a revivir el muy añejo espíritu identitario británico de lejanía y separación del resto de Europa (Burns, 2010: 217).

Ahora bien, debe precisarse que fue justamente en la década de los cincuenta del siglo XX cuando los partidos Conservador y Laborista comenzaron a compartir agendas y a moderar sus discursos ideológicos para alcanzar metas de desarrollo social y económico. En el ámbito parlamentario, la política británica se mostró más efectiva como herramienta para solucionar conflictos,

¹⁰ Esta posición británica se hizo más evidente después de su intento fallido por mantener el control del canal de Suez —entre octubre y noviembre de 1956— cuando junto con Israel y Francia pretendió someter militarmente a Egipto para mantener el control sobre el canal; no obstante, la desaprobación estadounidense obligó a Gran Bretaña a replegarse y a desistir de su intento. Así, la conocida “crisis del canal de Suez” fue la última acción militar británica de gran calado a nivel internacional. A partir de ese momento se sometería a la dirección militar estadounidense en los conflictos internacionales, bajo el amparo de las Naciones Unidas.

y sus partidos políticos, cada vez más como estructuras homogéneas y verticales de poder.

A mediados de los cincuenta el estado de salud de Churchill decayó, lo que obligó al Parlamento a convocar a nuevas elecciones, a partir de las cuales sus correligionarios, Sir Anthony Eden, Harold Macmillan y Sir Alec Douglas-Home encabezarían la Cámara de los Comunes hasta 1964, consolidándose así el dominio del Partido Conservador durante poco más de catorce años. Durante esta etapa, el Parlamento británico se concentró en mantener el firme apoyo a las políticas sociales impulsado por sus antecesores laboristas. Al mismo tiempo, desarrolló planteamientos legislativos para no perder soberanía en el momento de homologar las leyes británicas con las nuevas reglamentaciones europeas, que estimulaban la unidad comercial, económica y política en el mediano o largo plazos.

Bajo esta dinámica, los comunes británicos establecieron comités especiales que estudiarían los nuevos proyectos de legislación europea para así estar en posibilidades de elaborar recomendaciones a la Cámara de los Comunes respecto de las leyes que se estaban discutiendo y proponiendo en Europa, las cuales requerían la atención total del Parlamento en ambas cámaras. Un claro ejemplo de ello fue la ratificación británica de la Convención Europea de Derechos Humanos en 1951. Es conveniente señalar que dicho tema ya se había discutido en el Parlamento británico —a través de sus comités especiales— de modo que cuando la propuesta fue enviada a los diferentes países del continente, Gran Bretaña la encaró con la seguridad de conocer el tema (Stewart, 2009: 284). Por ello, su aprobación fue un ejercicio meramente protocolario. Lo anterior contrastaba con el resto de Europa, en donde el tema de los derechos humanos era un asunto relativamente nuevo a nivel legislativo, pese a que ya se había discutido y consensado por diferentes gobiernos de la región en diversos foros multilaterales.

El periodo de los primeros ministros *tories*, Eden, Macmillan y Douglas-Home (1955-1964), coincidió con un crecimiento económico constante y una política de descolonización forzada, sobre todo después del fracaso en el canal de Suez. Esta política de descolonización, prioritariamente en África, fue declarada oficial por el primer ministro Harold Macmillan a través de un famoso discurso ofrecido en Sudáfrica conocido como “Los vientos del cambio”, en el cual expresó su aceptación del nacionalismo africano de la siguiente forma:

El viento de cambio está soplando a través de este continente [...]. Como ya he expresado, el crecimiento de la conciencia nacional en África es un hecho político y hay que aceptarlo como tal. Eso significa, y será juzgado por ello, que debemos llegar a un acuerdo. Creo sinceramente que si no lo hacemos podríamos poner en peligro el precario equilibrio entre el Este y el Oeste del que depende la paz del mundo [...]. Lo que ahora está en juego es mucho más que nuestra fuerza militar o nuestras habilidades diplomática y administrativa; es nuestro estilo de vida.¹¹

Fue así como Gran Bretaña dio paso a la separación de África de su espacio imperial, tal y como lo había hecho con la India pocos años antes,¹² al igual que con el Medio Oriente. De ese modo, los conservadores fueron los encargados de administrar la caída del Imperio británico, y al mismo tiempo los responsables de fortalecer el sistema de seguridad social impulsado por sus contrincantes laboristas.

Asimismo, tras un breve periodo del primer ministro *torie* Sir Alec Douglas, de 1963 a 1964, los laboristas regresaron al poder con un gobierno de mayoría con Harold Wilson al frente. Éste, cuyo primer mandato se extendió de 1964 a 1970, manifestó pocas coincidencias con las agendas socialistas contemporáneas y con el control público de la industria. Incluso se interesaba más por invertir en desarrollo tecnológico para poner a Gran Bretaña a la vanguardia científica, que en incrementar los beneficios sociales de los trabajadores o en fortalecer sus sindicatos (Burns, 2010: 221-222).

Cabe señalar que durante esa etapa de los años sesenta, miles de habitantes de las antiguas colonias del Imperio comenzaron a emigrar a Gran Bretaña, y fue hasta ese momento cuando el gobierno británico decidió imponer frenos a la migración, sobre todo debido a los sentimientos xenófobos y muchas veces racistas hacia los inmigrantes. El problema era que la clase trabajadora blanca británica los responsabilizaba de la subvaloración de la fuerza de trabajo en el país. Dicha tendencia llevó de nuevo a los conservadores al poder en la persona de Edward Heath, quien de 1970 a 1974 buscó establecer una serie de recortes a la agenda social para recuperar la economía y combatir el creciente desempleo. Al mismo tiempo, procuró limitar el poder

¹¹ Se puede escuchar el audio completo en YouTube, "PM Harold Macmillan: Wind of Change Speech at the Cape Town Parliament, 3 February 1960", en <<https://www.youtube.com/watch?v=c07MiYfpOMw>> [visto en octubre de 2016].

¹² En 1947 el Parlamento británico aprobó la *Indian Independence Act*, mediante la cual se hacía efectiva la separación de la India del Imperio a partir del 15 de agosto de dicho año.

de los sindicatos, situación que ejerció presión a su gobierno ya que la desocupación no retrocedía (*BBC News*, 2016a).

En el ámbito continental, el gobierno de Heath incorporó a Gran Bretaña al Mercado Común Europeo en 1972, así como al Acuerdo Europeo del Carbón y el Acero, y a la Comunidad Europea de Energía Atómica (Government UK, 2016g). Con estas acciones Heath buscaba incluir al Reino de la Gran Bretaña en las dinámicas que venían poniéndose en marcha en Europa. Ese mismo año se intensificaron los conflictos por parte de grupos nacionalistas en Irlanda del Norte, los cuales exigían, a través de acciones paramilitares, la salida de Gran Bretaña de la isla para permitir la reunificación de Irlanda en una sola república. Lo anterior provocaba un fuerte conflicto con los unionistas irlandeses, que buscaban mantener su dependencia y lazos con el gobierno británico. Así, la búsqueda de una salida negociada tuvo como consecuencia que se percibiera al gobierno conservador de Heath como un mediador fallido, ya que a partir de su gestión las divisiones entre separatistas y unionistas irlandeses generaron mayor inseguridad, acrecentándose la violencia durante décadas.¹³ Al mismo tiempo, debe agregarse que los movimientos nacionalistas en Escocia y Gales crecieron en intensidad en el mismo lapso, pero sin el contenido violento de los irlandeses.

De esta forma la desocupación, la lenta recuperación económica, el crecimiento de los nacionalismos en el Reino y, en general, las políticas de reducción de beneficios sociales, fueron elementos que provocaron la salida de los conservadores del poder, permitiéndoles el regreso a los laboristas, en las figuras de Harold Wilson (1974-1976) y James Calahan (1976-1979), quienes como primeros ministros concentraron sus administraciones en recuperar los niveles de bienestar social a través del incremento de impuestos a los más ricos y el combate al desempleo. Empero, la crisis económica de los setenta golpeó fuertemente a ambas administraciones, de modo que para finales de la década la falta de una actividad remunerada afectaba al 5 por ciento de los trabajadores, además de que la inflación llegó al 17 por ciento. Lo anterior obligó al gobierno de Calahan a solicitar un préstamo de emergencia al Fondo Monetario Internacional, situación que le generó duras críticas de parte de los conservadores, quienes acusaban a los laboristas de ser irresponsables en las cuentas públicas. Del mismo modo, los intentos de su gobierno

¹³ Para información detallada sobre el caso de Irlanda puede consultarse a Paul Dixon (2001: 340-368).

para reducir la inflación a través de restricciones salariales a los trabajadores generaron paros y huelgas en todo el país. Todo este escenario caótico provocó una solicitud de pérdida de confianza de parte de la mayoría opositora en el Parlamento a principios de 1979 (Government UK, 2016h), dejando todo el escenario listo para el retorno del Partido Conservador al poder, liderado por Margaret Thatcher.

Debe agregarse que, paradójicamente, todo este periodo de inestabilidad económica y social en Gran Bretaña coincidió con una etapa de plena consolidación del Estado parlamentario, al incrementarse sus responsabilidades legales en la organización interna de ese aparato político. Lo anterior se tradujo en la independencia de los gastos y presupuesto del Parlamento, al pasar del control de la Tesorería a la administración de la propia Cámara de los Comunes. De tal modo se estableció que el *speaker*, el líder de la Cámara de los Comunes (o primer ministro) y el líder del gabinete en la sombra conformarían, a partir de 1978, un cuerpo unificado con el fin de dotar a la Cámara baja de las atribuciones suficientes para administrar sus propios fondos (Seaward, 2009: 297). Lo anterior separó definitivamente al Parlamento británico de cualquier organismo gubernamental en materia financiera, concediéndole una libertad de acción total y absoluta para administrar y destinar los fondos públicos sin supervisión externa.

Al año siguiente, esto es, en 1979, se celebraron nuevas elecciones generales y a ellas Gran Bretaña llegaría sumergida en una profunda crisis económica y de desempleo, lo cual generó descontento entre la clase media trabajadora urbana. Dicha situación favoreció el arribo del movimiento neoconservador británico más radical experimentado en el siglo xx, en la persona de la líder del Partido Conservador, Margaret Thatcher. Su administración se caracterizó por presentarse a sí misma como un movimiento con fuertes componentes morales y filosóficos, que enfatizaban valores tradicionales como el individualismo, el poder del trabajo duro y la adherencia a las tradiciones familiares (Burns, 2010: 234).

El gobierno de Thatcher se caracterizó por recortar gradualmente el esquema de protección social que brindaron las administraciones previas, ya fueran liberales, conservadoras o laboristas, con la idea de disminuir los apoyos sociales surgidos del contrato social posterior a la segunda guerra mundial. La intención era contar con mayores recursos económicos para hacer más competitivo al país en el plano financiero, una vez puesta en evidencia

la crisis del Estado benefactor a nivel mundial en la década de los setenta. Otro de los pilares centrales del gobierno de Thatcher fue su actitud abiertamente beligerante en contra de los sindicatos, ya que buscó minar su poder e influencia política en el Parlamento.

Esta tendencia de lucha gubernamental en contra de los trabajadores organizados, así como su propensión a debilitar el sistema de salud para permitir la llegada de la iniciativa privada, fue identificada en Gran Bretaña como parte de un movimiento “americanizante” del país, que privilegiaba la competitividad, la meritocracia y el interés propio. Ello quedó claramente expuesto por la propia Thatcher cuando señaló: “No hay tal cosa, no hay sociedad; hay individuos, hombres y mujeres y ellos conforman familias. Y el gobierno puede hacer cualquier cosa excepto ser persona; la gente debe ver por ella misma primero” (*The Sunder Times*, 2016). En suma, lo que pretendía exponer Margaret Thatcher con tales planteamientos es que para ella no existía la sociedad, sino sólo los individuos que debían ver por ellos mismos sin esperar gran cosa del gobierno.

Conforme a su plan, buena parte de su atención la puso en desarticular a los poderosos sindicatos británicos, como el de los mineros, a mediados de los años ochenta, el cual resintió duramente la política agresiva del Estado británico y terminó sucumbiendo tras el cierre de minas en Gales e Inglaterra. A nivel europeo, Thatcher continuó con la política distante y diferenciadora con el resto del continente, mostrándose muy recelosa de cualquier acuerdo, sobre todo por el riesgo económico que podría conllevar comprometerse más profundamente con mecanismos multilaterales como la Comunidad Europea, de la cual Gran Bretaña formaba parte desde 1975.

Para dejar en claro esta tradicional postura británica, la primera ministra declaró —en una reunión efectuada en Bélgica frente a diversos jefes de Estado europeos— lo siguiente: “No hemos construido exitosamente las fronteras del Estado en Gran Bretaña, sólo para verlas retraerse bajo un súper Estado europeo que ejerza el poder y el dominio desde Bruselas”.¹⁴ Con esta postura, dejó clara la posición de su gobierno respecto del proyecto de la Comunidad Europea y sus potenciales facultades extraterritoriales.

De tal modo, el gobierno de Thatcher rechazó la posibilidad de que Europa se erigiera como un ente político tal y como Estados Unidos funciona-

¹⁴ Se puede revisar la conferencia completa en Margaret Thatcher Foundation (2016a).

ba desde hace siglos, ya que la historia y diferencias nacionales resultaban evidentes (Margaret Thatcher Foundation, 2016b). Cabe añadir que su postura respecto de Estados Unidos fue de estrecha cercanía con los gobiernos de Ronald Reagan y George Bush, con los que mantenía marcadas coincidencias ideológicas.

Su salida como primera ministra en 1990, después de tres victorias electorales, dejó en Gran Bretaña un sello particular en las labores de gobierno y en su relación con el Parlamento, el cual dominó gracias al firme liderazgo que ejerció al interior de su partido, y también por sus particulares y cercanas relaciones con la reina Elizabeth II, con quien procuró mantener reuniones semanales durante toda su gestión para construir acuerdos y lograr su apoyo moral y público en los momentos más difíciles de su administración.

Debe agregarse que fue precisamente la década de los ochenta cuando la tradicional disciplina partidista británica tendió a debilitarse, debido sobre todo a la alta profesionalización alcanzada por los comunes en el Parlamento, quienes se constituyeron en elementos activos de la Cámara de los Comunes cada vez menos dispuestos a seguir la línea de su partido, si ello significaba dañar su imagen pública ante los medios de comunicación.

Esto último llevó al Partido Conservador a emanciparse de su líder Margaret Thatcher y convocar a elecciones internas. En la segunda vuelta de dicho proceso electoral ella decidiría renunciar una vez que vio comprometido su triunfo. Su correligionario John Major la reemplazó en el cargo en 1990, y dos años después resultaría vencedor en las elecciones generales.

La salida de Thatcher del poder obedeció en buena medida a su animadversión hacia el proyecto de la Unión Europea, sobre todo después de la serie de cambios que venían gestándose en la Unión Soviética con Mijaíl Gorbachov al frente, y en la propia Europa como consecuencia de la caída del Muro de Berlín. De hecho, puede considerarse que en esos años la Cámara de los Comunes se transformó en un escenario en el cual sus miembros se manifestaban particularmente ansiosos por asegurar una amplia cobertura de sus intervenciones en el Parlamento, pero al mismo tiempo se mostraban muy recelosos de exponer una imagen vulgar e inapropiada que pudiera despertar críticas externas.

De este modo los Comunes evitaron a toda costa las deformaciones en la percepción de la opinión pública acerca del Parlamento británico, quienes lo integran, y sobre todo cuál es la importancia de lo que ahí se discute (Seaward,

2009: 298). Por ello es que la sublevación partidista en contra de Thatcher y su salida estuvieron lejos de convertirse en un circo mediático que pudiera dañar el prestigio que la Cámara de los Comunes.

La llegada de los años noventa atestiguó un cambio de dirigencia en el Partido Conservador, con un primer ministro de bajo perfil como John Major (1992-1997),¹⁵ quien sería el encargado de reposicionar a su partido frente a un laborismo que ganaba terreno. Al mismo tiempo, buscó encarar los agudos cambios que se suscitaban en Europa con la reunificación alemana en 1991 y con la desaparición de la Unión Soviética al año siguiente.

Su gobierno se caracterizó por ofrecer una versión menos ideologizada del conservadurismo británico que la de su predecesora, al tiempo en que intentó no generar más conflictos con los sindicatos, los cuales se encontraban ya muy debilitados después de más de once años de duros golpes por parte del gobierno de Thatcher. A nivel parlamentario, la reconfiguración de los liberales y los socialdemócratas en un solo partido, a finales de la década previa, fue un intento del viejo Partido Liberal para obtener mayor presencia electoral frente a sus rivales laboristas; no obstante, la elección de 1992 dejó al nuevo Partido Liberal Demócrata en una lejana tercera posición, sin mayores oportunidades para influir en ese momento en la vida pública del país.

Por eso la principal oposición al gobierno de Major continuó siendo la del Partido Laborista, que desde la Cámara de los Comunes criticó los índices de desempleo y la recesión imperantes. Asimismo, presionaron a Major para adelantar las elecciones y estar en condiciones de recuperar el poder; sin embargo, el primer ministro, amparándose en el ejercicio constitucional británico, se negó a hacerlo y esperó hasta 1992 para convocarlas con el mencionado resultado a su favor.

Quizá uno de los elementos que le valió a Major ganar esos comicios en 1992 fue la activa participación británica en la primera guerra del golfo Pérsico de 1991, pues fue la mayor operación militar británica en el exterior desde la segunda guerra mundial. Por consiguiente, el desenlace favorable

¹⁵ Es importante señalar que según el esquema parlamentario anglosajón, cuando un primer ministro se ve obligado a renunciar al cargo, su correligionario que lo suple tiene la opción de culminar el periodo para el cual había sido electo originalmente el saliente. Por eso John Major, pese a haber asumido el cargo a la salida de Margaret Thatcher en noviembre de 1990, decidió culminar el periodo de su predecesora hasta 1992, y fue entonces cuando convocó a elecciones generales, las cuales ganó. Es por eso que su gobierno, si bien abarcó de 1990 a 1997, en realidad su etapa como primer ministro electo fue sólo de 1992 a 1997.

para Occidente brindó a Major la fuerza suficiente para mantenerse en el poder hasta 1997.

Debe señalarse que uno de los acontecimientos más complicados para ese gobierno se dio en 1990, año en que Gran Bretaña ingresó al Mecanismo Europeo de Tipos de Cambio (*The European Exchange Rate Mechanism*), creado a finales de los setenta, mediante el cual se buscaba reducir la variabilidad del tipo de cambio para hacer posible una política que permitiera la unión monetaria europea en el mediano plazo; sin embargo, el ingreso de Gran Bretaña al mencionado ejercicio generó una devaluación de la moneda local y pérdidas por más de tres billones de libras al gobierno británico.

Por eso el gobierno de Major decidió desconocer el acuerdo y sacar a su país del mecanismo con el apoyo del Parlamento. El resultado fue favorable para Gran Bretaña, ya que su moneda se recuperó pocos años después, pero el descrédito público de los conservadores por la decisión de involucrar a la nación en esa aventura económica fue castigado severamente en las urnas en las elecciones generales de 1997.

En dicho proceso electoral los laboristas regresaron al poder tras dieciocho años de gobiernos conservadores de manera ininterrumpida; no obstante, esa victoria por mayoría en la Cámara de los Comunes puede considerarse natural después de casi dos décadas de gobiernos *tories*, ya que la ciudadanía se encontraba cansada de la retórica conservadora de la responsabilidad fiscal y los recortes al gasto público.

El nuevo primer ministro laborista fue el escocés Anthony Charles Lynton Blair, mejor conocido como Tony Blair, quien era considerado un moderado y reformista más cercano al centro que a la izquierda, no obstante sus orígenes como activista sindical en Escocia. Blair logró imponerse en las elecciones generales de 1997, 2001 y 2005 con gobiernos de mayoría en las tres ocasiones, ubicándose como el único laborista en conseguirlo. Lo anterior le permitió poner en marcha una serie de políticas a nivel interno y externo sin considerables contrincantes, escudándose en buena medida en la condición mayoritaria de su partido.

Ahora bien, si el arribo de los laboristas en Gran Bretaña en los años noventa obedeció en buena medida al agotamiento del movimiento conservador, cierto es también que Tony Blair logró ofrecer una nueva imagen al electorado, tras incorporar en sus discursos el concepto de “nuevo laborismo”, el cual empujaba propuestas innovadoras a través de reconfiguraciones ideoló-

gicas, en las cuales el socialismo o la propiedad social quedaban en un segundo término, beneficiando en el mediano plazo al conservadurismo y al propio capitalismo británicos (Faucher-King y Le Galès, 2010).

A nivel parlamentario, el gobierno mayoritario de Blair puso en marcha una serie de reformas constitucionales que incluyeron la abolición de los elementos hereditarios en la Cámara de los Lores.¹⁶ Esta reforma determinó mantener solamente noventa y dos lores hereditarios para aprovechar su experiencia en las labores parlamentarias, mientras que los demás serían nombrados para ocupar los cargos de forma vitalicia, pero con parámetros de meritocracia y ya no de herencia aristócrata. Lo anterior apuntaló las reformas que previamente se pusieron en marcha desde mediados de los cincuenta. Así, a partir del triunfo laborista, a finales del siglo xx los lores vitalicios tomaron su carácter actual, al formar parte de este grupo decanos de universidades, empresarios con aportaciones considerables a la economía del país, científicos con renombre internacional; en suma, hombres y mujeres considerados los más brillantes y sabios de todo el Reino.

Su designación es facultad del primer ministro y es ratificada por la Corona. Cada partido político tiene derecho a proponer una lista de potenciales lores o baronesas de intachable conducta. Es por eso que en dicha Cámara lores o baronesas se adhieren a determinada fracción política, aunque en realidad su papel es más de moderadores y consejeros del gobierno y la Corona.

Cabe agregar que pese a que la reforma puesta en marcha por Blair en 1999 mantuvo noventa y dos lores hereditarios, con los años éstos han ido renunciando, dando paso a nuevos lores vitalicios nombrados por el primer ministro en turno. También debe señalarse que en la actualidad de los 812 asientos en la Cámara de los Lores,¹⁷ veintiséis corresponden a los llamados lores espirituales —que son obispos o arzobispos anglicanos leales a la Corona— quienes tras su retiro otorgan su membresía al obispo de mayor rango en secuencia para ocupar el cargo (UK Parliament, 2016j).

¹⁶ Debe señalarse que esta reforma, conocida como Ley de la Cámara de los Lores de 1999, no respondió de manera particular a la vieja demanda laborista de abolir por completo la Cámara de los Lores por considerarla innecesaria. Por ello, dicha reforma de Tony Blair fue percibida como muy limitada por amplios sectores laboristas, quienes señalaban que la Cámara de los Lores solía servir únicamente para retrasar las reformas en materia social, regularmente en alianza con los segmentos más conservadores de la Cámara de los Comunes.

¹⁷ Para un seguimiento puntual de cada uno de ellos en cuanto a filiación partidista, género, intereses y pertenencia a comités puede consultarse UK Parliament (2016i).

Otra de las reformas que tuvieron éxito gracias al carácter mayoritario de la administración de Tony Blair fue su proyecto de impulsar —desde la Cámara de los Comunes— la creación de sendas asambleas en Escocia y Gales. De este modo se estableció el Parlamento de Escocia en 1998, que cuenta con 129 miembros electos y tiene su sede en Edimburgo. La forma de elegirlos es una combinación del sistema *first past the post* para elegir a setenta y tres de ellos, con el *additional member system*, o sistema de representación proporcional, para escoger a cincuenta y seis (Jones, 2009: 358).

En lo que corresponde a Gales, se determinó crear su Asamblea Nacional con sesenta miembros electos, cuarenta según el esquema de circunscripciones electorales con el método de *first past the post*, y los otros veinte de acuerdo con el modelo *additional member system* de representación proporcional, como en Escocia.¹⁸ Su sede se encuentra en la Bahía de Cardiff, al sur de Gales (Jones, 2009: 362).

Es muy importante añadir que con el reestablecimiento del Parlamento en Escocia y la apertura de la Asamblea Nacional de Gales a finales del siglo xx, Inglaterra se convirtió en la única nación del Reino Unido sin un Parlamento local propio, ya que los asuntos relativos a los intereses ingleses se tratan y resuelven en la Cámara de los Comunes de Gran Bretaña.¹⁹

Ahora bien, por otra parte es oportuno identificar una de las manifestaciones que quizá mejor expresan el carácter omnipresente del predominio inglés en el imaginario colectivo de las otras tres naciones que componen el Reino de la Gran Bretaña. Nos referimos a los himnos nacionales de Inglaterra, *God Save the Queen y Land of Hope and Glory*, los cuales se consideran también los himnos oficiales de escoceses, norirlandeses y galeses, bajo la bandera británica. Esta situación genera incomodidad en amplios sectores nacionalistas de Escocia, Gales y en buena parte de la comunidad católica de Irlanda del Norte, ya que dichos países poseen sus propios himnos nacionales, los cuales de ninguna manera son adoptados por los ingleses como propios.

Como una manifestación de esta problemática, el gobierno laborista de Tony Blair concentró buena parte de sus esfuerzos en concretar los acuerdos de paz con las autoridades de Irlanda del Norte con el apoyo del gobierno de

¹⁸ Más adelante, en este mismo capítulo, se explicarán dichos sistemas electorales y sus características.

¹⁹ Debe señalarse que en el año 2000 —al igual que en los parlamentos y asambleas de Escocia, Gales e Irlanda del Norte—, Londres comenzó a elegir una Asamblea local de autogestión. En ésta, los conservadores resultaron vencedores en las elecciones de 2000, 2004 y 2008, mientras que los laboristas alcanzaron la mayoría en los procesos de 2012 y 2016 (UK Parliament, 2017b).

la República de Irlanda, lo cual consiguieron en abril de 1998 y son conocidos como los “Acuerdos de Belfast”, o los “Acuerdos del Viernes Santo”, que permitieron a Irlanda del Norte, entre otras cosas, el restablecimiento de un Parlamento local con 108 miembros electos en todo el territorio.

Dicho Parlamento llegó a conocerse como Asamblea de Irlanda del Norte y establecería el principio de doble mayoría, para así garantizar una representación equilibrada entre las dos partes en conflicto, es decir, los nacionalistas republicanos católicos congregados en ese momento en el Partido *Sinn Féin*, y los unionistas protestantes leales a la Corona, aglutinados en el Partido Unionista. En tales acuerdos se determinó la amnistía y la deposición de armamento de todos los grupos paramilitares involucrados, así como la excarcelación de los militantes irlandeses implicados en atentados en territorio británico. Sin duda el mayor triunfo de la política para Irlanda del Norte emprendida por el gobierno de Blair fue la aprobación de este Acuerdo en los referendos de mayo de 1988 en territorio de Irlanda del Norte y en la República de Irlanda (Government UK, 2016i).

Empero, pese a su mayoría parlamentaria, el propio Blair tuvo que empujar fuertemente su propuesta de paz, ya que sectores conservadores del país se encontraban en desacuerdo con la excarcelación de los militantes de ciertas fuerzas paramilitares irlandesas —como el Ejército Republicano Irlandés o el Ejército Irlandés de Liberación Nacional— implicados en atentados que costaron la vida de británicos. Entre éstos, quizá uno de los más recordados sea el ocurrido en marzo de 1979, en el que perdiera la vida el consejero de Margaret Thatcher, Airey Neave, quien además fungía como diputado conservador en el Parlamento.

Por ello, el propio Blair tuvo que llevar a cabo una intensa labor de discusiones y cabildeo al interior de la Cámara de los Comunes, incluso entre miembros de su propio partido. El objetivo era encontrarse en posibilidades de ofrecer una postura unida y sólida frente a la oposición conservadora y así convencer a la opinión pública de que era una excelente oportunidad para terminar con la añeja disputa con los nacionalistas irlandeses. De este modo, en su intervención del 5 de julio de 1999, con la mayoría de la Cámara de los Comunes a su favor, Blair señaló:

Ambas partes necesitan certezas —los unionistas quieren garantías de que el desmantelamiento [de los republicanos] va a suceder, y al mismo tiempo de

que, si no lo hacen, el Ejecutivo [del Reino Unido] no se niegue a hacerlo. Los republicanos [por su parte] quieren la certeza de que los dirigentes [de Irlanda del Norte] son serios y cumplirán su compromiso de permitir un gobierno incluyente y genuino. Nuestro acuerdo, en mi opinión, ofrece ambas opciones [...]. Si ellos quieren la paz entonces la verdadera paz vendrá [...]; por eso confirmo que la gente debe discutir los detalles, debatir, pero no deshacerse de la mejor oportunidad para alcanzar la paz que vamos a tener en esta generación (AP Archive, UK: Blair Speech).

De esta forma, el primer periodo de Tony Blair alcanzó acuerdos sobresalientes que lograron contener los ímpetus nacionalistas de escoceses, galeses e irlandeses, y cuya mejor representación se concreta con el reestablecimiento de sus respectivos parlamentos y asambleas locales.

No obstante estos notables avances a nivel interno, lo cierto es que la administración de Tony Blair será más recordada a nivel internacional a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001 en territorio estadounidense, pues desde el primer momento se decidió por la alineación de Gran Bretaña a la política de Washington en su lucha en contra del terrorismo internacional. Esta actitud llevó al Reino Unido a participar en una nueva operación militar en Irak, conocida como la Segunda Guerra del Golfo Pérsico,²⁰ al lado de Estados Unidos, ignorando los llamados de contención de múltiples gobiernos del mundo al interior de las Naciones Unidas.

El resultado militar fue favorable para estadounidenses y británicos en Irak, pues lograron deponer al presidente Saddam Hussein tras acusarlo, sin pruebas convincentes de por medio, de fabricar clandestinamente armas de destrucción masiva sin conocimiento de las Naciones Unidas, sin embargo, tras confirmarse que no era cierto, la comunidad internacional señaló que el verdadero motivo de la invasión había sido tomar el control de su producción petrolera. Por ello, el prestigio ganado por Tony Blair fue diluyéndose en Gran Bretaña, pues se consideró que había mentido al país y al mundo al empeñarse en una campaña militar ilegal.²¹

²⁰ Debe señalarse que algunos especialistas identifican este conflicto como la Tercera Guerra del Golfo Pérsico, señalando que la primera fue la guerra entre Irak e Irán de 1980 a 1988, y la segunda, la invasión multinacional amparada por la ONU y encabezada por Estados Unidos para recuperar Kuwait en 1990.

²¹ Años después, en 2016, el propio Tony Blair tuvo que ofrecer una disculpa pública y expresar su arrepentimiento a Gran Bretaña y al mundo por confiar en informes que señalaban de manera errónea que Irak estaba desarrollando armas de destrucción masiva. Afirmó que era consciente de la existencia de personas que nunca olvidarían su error, y que no lo perdonarían por considerarlo

Pese a haber resultado victorioso en las elecciones de 2005 por tercera ocasión consecutiva, el desgaste de Blair en el poder llevó a su partido a pedirle su renuncia como primer ministro, en un caso muy similar al ocurrido con la primera ministra Margaret Thatcher años antes, pues pese a contar a su favor con la mayoría en la Cámara de los Comunes, las condiciones internas le hicieron muy difícil culminar su periodo. Por ello, presentó su dimisión ante al Parlamento en junio de 2007, dejando tras de sí una administración plagada de claroscuros.

Así, de acuerdo con la práctica parlamentaria británica —tal como se ha visto— su sucesor y correligionario, el también escocés Gordon Brown, fue designado por la bancada del mayoritario Partido Laborista como el encargado para culminar hasta 2010 la gestión que había ganado Blair en las urnas. De tal modo, gracias a la mayoría parlamentaria heredada del gobierno de su antecesor, Brown se empeñó en concluir con las operaciones militares británicas en Irak, de manera que para mediados de 2009 las tropas del Reino Unido ya se habían retirado en su totalidad. Esto, desde luego, generó tensiones con el gobierno de Estados Unidos, pero para el primer ministro la salida de sus fuerzas armadas de territorio iraquí era un asunto de imagen pública, debido a las críticas de amplios sectores sociales británicos por el ingreso de Gran Bretaña a tan controvertida operación militar.

Quizá el asunto de mayor complejidad que encaró Gordon Brown durante su administración fue la crisis financiera internacional de 2009, pues ésta contrajo la economía británica con importantes consecuencias económicas y laborales desfavorables para la población, así como también acarreo una serie de quiebras bancarias. Ello obligó a Brown, entre otras cosas, a establecer una serie de medidas más estrictas para la llegada de trabajadores migrantes, con el fin de procurar mayor empleo para los británicos. La situación económica en el país hizo crecer la molestia entre los miembros de su partido, quienes pidieron adelantar las elecciones internas para destituir a su líder; no obstante, dichos intentos no tuvieron el apoyo suficiente entre los miembros del Parlamento.

Una vez superada la revuelta al interior del Partido Laborista, el primer ministro decidió devolver los poderes judiciales y de seguridad pública a las autoridades de Irlanda del Norte en un intento por mejorar su imagen dentro

deshonesto, pero insistió en que en su momento el informe era contundente y que él no decidió intervenir militarmente en Irak mintiéndole a la opinión pública (*The Guardian*, 2016a).

y fuera de su organización partidista de cara a las elecciones generales que se aproximaban. Al final de cuentas su acercamiento con las autoridades irlandesas tuvo éxito, ya que en abril de 2010 dichos poderes fueron entregados a Belfast (Government UK, 2016i); sin embargo, el efecto esperado por Brown de sus acuerdos con Irlanda del Norte no se vio reflejado en las elecciones generales, pues su partido quedó en segundo lugar detrás del Partido Conservador y su líder David Cameron.

Cabe señalar que en un desesperado intento por mantenerse en el poder, Gordon Brown buscó crear un gobierno de coalición parlamentaria al lado de los diputados del Partido Demócrata Liberal; no obstante, la falta de acuerdos y de compromiso del Partido Laborista para convocar a una serie de referendos y reformas electorales que beneficiaban a los demócrata-liberales le impidió continuar con su gestión.

Así, una vez en el cargo de primer ministro, David Cameron hizo pública su decisión de conformar un gobierno de coalición en alianza con los demócrata-liberales. Esto le permitió sumar cincuenta y siete diputados de esa formación política a los 307 conservadores, con lo cual alcanzó un cómodo margen de 363 asientos, de los 650 existentes en la Cámara de los Comunes (Oppenheimer, 2010). Con esos números, el gobierno de coalición encabezado por los conservadores logró gobernar con el 56 por ciento del Parlamento a su favor. Lo anterior dio la tranquilidad suficiente al gobierno entrante del joven líder conservador David Cameron para emprender una serie de medidas en materia de recortes al gasto público y de austeridad con el fin de hacer frente a la crisis que se vivía en el país con motivo del quiebre financiero internacional iniciado un año antes con la debacle inmobiliaria en Estados Unidos.

Al contrario de sus dos predecesores laboristas escoceses en el cargo, David Cameron era un londinense de clase acomodada que había estudiado en el colegio privado más elitista del país: el Eton, entidad académica fundada en el siglo xv por el rey Henry vi. Hay que añadir que la institución guarda fuertes conexiones históricas con la aristocracia británica, ya que ahí suelen estudiar los príncipes herederos al trono, así como los hijos varones de lores y barones de todo el Reino. De hecho, las inclinaciones aristócratas de Cameron se manifestaron con mayor claridad a partir de su matrimonio con Samantha Gwendoline Sheffield, descendiente del rey Charles II (Burns, 2010: 256). Cabe agregar que tanto el padre de Cameron, como el de su esposa, el barón Sir Reginald Adrian Berkeley Sheffield, también estudiaron allí.

Por otra parte, resulta importante señalar que la primera administración de David Cameron (2010 a 2015) fue el primer gobierno coaligado desde Winston Churchill en los años cuarenta. Éste fue ganando popularidad, en buena medida, por el desgaste de trece años de los gobiernos laboristas, pero también por la recuperación de la economía que experimentó el país. De ese modo, Cameron fue superando los obstáculos y las críticas de quienes lo acusaban de ser un primer ministro superficial, preocupado por la moda: un líder sin mucha sustancia (Burns, 2010: 257).

A nivel interno y amparado en la mayoría parlamentaria que le otorgaban los miembros de la Cámara de los Comunes de extracción liberal-demócrata, Cameron echó a andar una serie de medidas dirigidas a reducir el déficit del gobierno a costa de los servicios sociales. También dirigió una serie de privatizaciones de compañías estatales, siendo la más reconocida de ellas la del servicio postal británico. Asimismo, introdujo reformas de carácter más restrictivo en materia de migración tras afirmar que los niveles de alrededor de 300 000 nuevos migrantes al año eran ya insostenibles para Gran Bretaña, pues esas cifras requerían el diseño de nuevas políticas de educación, salud y servicios públicos (*BBC News*, 2016b). Lo anterior, porque a su juicio la llegada masiva de miles de ciudadanos, principalmente de origen polaco y rumano, generaba fuertes tensiones sociales y laborales que estimulaban la xenofobia.

En el mismo sentido, la posición de Cameron respecto del creciente carácter multicultural de la sociedad británica fue un asunto que acaparó la atención del Parlamento y de los medios de comunicación, pues en reiteradas ocasiones el primer ministro señaló que una de las fallas del multiculturalismo era el incremento del terrorismo islámico. Esta posición, generalmente compartida por la extrema derecha británica, puso a la sociedad ante dos posturas abiertamente antagónicas: los que rechazaban abierta o veladamente el multiculturalismo y, por ende, la llegada de nuevos migrantes, y los que promovían la inclusión y la tolerancia.

Es oportuno añadir que incluso el primer ministro David Cameron afirmó durante una reunión de la Unión Europea en Alemania que el multiculturalismo emprendido por Occidente había fallado. Ahí señaló:

[...] hemos permitido el debilitamiento de nuestra identidad colectiva. Con la doctrina del multiculturalismo estatal hemos alentado a las diferentes culturas a vivir vidas separadas, separados unos de otros y de la tendencia principal. Hemos fallado en proporcionar una visión de la sociedad a la que sientan que

quieren pertenecer. Incluso hemos tolerado estas comunidades segregadas que se comportan de maneras que van en contra de nuestros valores.²²

Tales aseveraciones desde luego generaron diversas opiniones, no sólo en Gran Bretaña, sino en toda la Unión Europea, ya que ponían en evidencia al gobierno británico respecto de temas bastante delicados. Al mismo tiempo, su rechazo a que su sistema financiero se sometiera a las directrices de la Unión Europea con sede en Bruselas fue otro asunto polémico y de tensión para su administración. Esto se acentuó cuando el primer ministro afirmó que el Reino Unido se encontraba muy contento de no estar en el euro, y que nunca se uniría a él (Mora, 2011). Esas divergencias con Bruselas fueron elementos que políticamente resultaron muy atractivos para el gobierno de David Cameron, quien aprovechando la coyuntura prometió someter a referéndum la estadia de Gran Bretaña en la Unión Europea, después de pertenecer al Mercado Común Europeo desde principios de los años setenta.

Otro elemento trascendente de la gestión de Cameron fueron sus consultas parlamentarias para encarar de forma exitosa dos referendos durante su gobierno. El primero en 2011 fue relativo al sistema de votación para elegir miembros de la Cámara de los Comunes. El motivo de este primer referéndum fue que los liberal-demócratas condicionaron su apoyo para formar gobierno con David Cameron a cambio de aprobar, con su mayoría, la celebración de otra consulta que permitiera cambiar el sistema de votación tradicional de Gran Bretaña (*first past the post*) por otro conocido como voto alternativo (*alternative vote* o *instant runoff voting*).²³ El resultado de tal referéndum fue el rechazo al sistema propuesto por los liberal-demócratas, con el 32.1 por ciento por el sí, contra el 67.9 por ciento por el no (*BBC News*, 2016c). Dichos resultados sin duda afianzaron aún más el viejo modelo electoral británico, cuestión que apoyaron los conservadores desde el principio.

El otro referéndum favorable para el gobierno de Cameron fue el relativo a la independencia de Escocia. Esta consulta de 2014 significó un reto mayúsculo para el primer ministro, ya que el Reino Unido corría el riesgo de fragmentarse después de más de tres siglos de existencia; sin embargo, al final las hábiles gestiones de Cameron, así como la coalición con los liberal-demó-

²² Para un seguimiento completo del discurso véase Government UK (2016k).

²³ Este sistema de votaciones se lleva a cabo en Australia.

cratas, replegaron el espíritu separatista escocés, sobre todo al excluir con el apoyo del Parlamento británico una tercera opción de la boleta, la conocida como *devomax*, que iba más allá de un sí o no; es decir, con esta tercera opción se abría una posibilidad intermedia para dotar a los escoceses, en el mediano plazo, de un mayor poder parlamentario local frente a la influencia del Parlamento británico de Westminster. Ello, en los hechos, daba la posibilidad al gobierno escocés de tener el control de absolutamente todo en su territorio, excepto la política exterior y la defensa. Al final, la boleta de este referéndum se limitó a una pregunta corta: “¿Debería Escocia ser un país independiente?”, con dos lacónicas opciones, sí o no. El resultado fue de un 44.7 por ciento por el sí y un 55.3 por ciento por el no (*BBC News*, 2016d).

Los referendos señalados pueden considerarse dos éxitos de la política interna del Partido Conservador y su primer ministro; empero, el malestar entre amplios sectores británicos respecto de la Unión Europea continuó incrementándose en todo el Reino. Ante esa realidad, Cameron propuso convocar a un referéndum de permanencia de Gran Bretaña en la Unión Europea con el apoyo de su partido y la abstención de laboristas y liberal-demócratas. Esto dio luz verde para que dicho referéndum, conocido como *Brexit* (*British Exit*), se proyectara para celebrarse antes de 2017 (*BBC News*, 2016e).

La propuesta *Brexit* de David Cameron y su partido cobró mayor fuerza durante la campaña de la elección general de 2015, ya que pese a que él mismo se había declarado contrario a la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea, el compromiso asumido frente al país a mitad de su primer mandato y el apoyo parlamentario recibido en su oportunidad hacían de este nuevo referéndum una promesa por cumplir.

Ya durante la campaña general de 2015, laboristas y conservadores se mantenían en encuestas con números similares, sin embargo, de manera sorpresiva el Partido Conservador se llevó las elecciones por mayoría tras alcanzar 330 asientos en la Cámara de los Comunes, lo que representó el 50.7 por ciento de las curules. El problema fue que, una vez ratificado su triunfo, el tema del *Brexit* concentró la atención pública así como las labores parlamentarias entre los miembros de la Cámara de los Comunes, de entre los que surgían personajes tanto a favor como en contra.

Finalmente, la fecha para la celebración de este referéndum se estableció para el 23 de junio de 2016, y se contaron entre los partidarios del no a exprimeros ministros y numerosos personajes políticos y artísticos de todo

el Reino. Incluso el propio David Cameron se pronunció abiertamente por el no; sin embargo, el resultado favoreció la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea tras alcanzar el sí el 51.9 por ciento, contra un 48.1 por ciento. Esto fue un duro golpe para todos los países europeos miembros del organismo, además de que manifiesta la particularidad histórica que poseen los británicos como individuos insulares que no han dejado de observar con desconfianza al resto de la Europa continental, y refuerza su personalidad apartada e individualista en el viejo mundo.

Al final de cuentas, esta decisión democrática de la sociedad británica, más allá de provocar la renuncia del primer ministro Cameron tres semanas después de los resultados del *Brexit* —pese a haber obtenido un triunfo por mayoría parlamentaria poco tiempo antes—, significó un golpe contundente al espíritu paneuropeo y supranacional que busca alcanzar Bruselas.

Así, de uno u otro modo, la falta de atención de los gobiernos británicos para atender demandas sociales, políticas y económicas fue castigada por una población que es consciente de que su historia y sus sólidas instituciones políticas y financieras podían encarar los desafíos del futuro inmediato a partir de la era post*Brexit*.

En cuanto al sistema parlamentario británico, debe mencionarse que los más recientes primeros ministros ciertamente han podido gobernar y generar cambios con la venia de las mayorías en la Cámara de los Comunes, lo que ha agilizado y actualizado la dinámica del viejo pero efectivo sistema parlamentario británico, el cual, por cierto, como se ha señalado en el presente capítulo, posee elementos casi orgánicos e indisolubles que dan muestra de su alto grado de efectividad y capacidad de adaptación a diversos entornos. Estas características han resultado ser lo suficientemente atractivas como para proyectar con éxito el sistema parlamentario hacia otras regiones del mundo. A continuación se analizarán las particularidades históricas que han permitido el desarrollo y adaptación singular del parlamentarismo en otras naciones del Reino Unido.